

PRIMER AMOR

No se vive más amor que el primero: a partir de ahí, comienzan a amontonarse. De hecho, no se siente más amor que el primero, rememorado una y otra vez. En el amor buscamos convertirnos en inmortales, hacernos inolvidables para la otra persona, y muchas veces lo único que conseguimos es que el fantasma del amado no nos abandone jamás. Los ojos de aquella muchacha, que se buscan incansablemente en las demás. El tono de voz, maravilloso en el recuerdo, del chico del primer beso, que nunca ha vuelto a saludarnos.

Estos amores resumen lo mejor y lo peor de la experiencia sentimental: delirios y promesas, expectativas y decepciones, manipulaciones por los dos lados, refuerzo de los roles tradicionales, o rechazo de los mismos. En ellos se arrastran creencias que provienen de la familia, de los amigos, de la costumbre, o las películas. En la mayor parte de las ocasiones, el comportamiento se rige por lo que se espera de las dos personas, lo que el grupo circundante demanda, no por el auténtico sentir de ambos. Se vive como una partitura ejecutada por dos, pero no siempre escrita para dos: los instrumentos raramente concuerdan, aunque la música no tiene por qué ser desagradable.

Hasta ahora no se han dado explicaciones satisfactorias que desvelen el fenómeno misterioso del amor: ni las feromonas, ni las atracciones químicas, ni los cánones de belleza, ni las percepciones inconscientes, ni la marca indeleble de los modelos paternos y maternos ofrecen una respuesta satisfactoria. El ser humano no puede vivir sin afecto. Sin embargo, el cariño y el afecto pocas veces encajan con la pasión deslumbrante, la furia, la *manía* que supone el primer amor, y que deja el cuerpo exhausto y preparado para los siguientes.

Aún no ha desaparecido la compasión que se dedicaba a las solteras, y que se ha trasladado más preámbulos a las mujeres solas. Los hombres gozan de cierto margen de confianza: un hombre, se lo propone, puede conseguir una mujer que cuide a cualquier edad. Sin embargo, una mujer pide posibilidades a medida que envejece, aunque sea ella la destinada a cuidar al otro. Como carga añadida, la mujer soltera, a la que se ha negado dura siglos la capacidad de elegir (aunque no la de decidir, como luego se verá en los cuentos), estaba sola *porque nadie la había elegido*. Sus prendas naturales (belleza, dulzura, obediencia) no habían seducido a ningún varón, y por tanto, se la suponía inexperta, una eterna niña. Se la compadecía porque no conocía el amor, el auténtico amor, el que provenía de un hombre que la deseara.

Al varón, en cambio, se le suponía ciertos escauceos, pero un carácter difícil, o una vida azarosa, o un acusado espíritu de independencia. Sea como fuera, el solterón se encontraba en un estado transitorio. La solterona se hallaba apalancada en el celibato, que se había convertido en su esencia.

La idea del amor tal y como se entiende en la actualidad es muy reciente, y ha evolucionado tremendamente a lo largo de los siglos. Se ha banalizado, también, debido a la falta de obstáculos. El amor debía superar determinadas pruebas que han desaparecido: pruebas de fidelidad, de persistencia, de continencia. Las teorías sobre el amor libre dinamitaron las dos primeras, y la libertad sexual la tercera. El amor actual, muy lejos de aquel amor cortés que le dio origen en las cortes provenzales, valora muy positivamente la consumación del mismo y el contacto de los cuerpos.